

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

117 Aparece "El Caudillo":
las muertes anunciadas



POR FIN ALGO MÁS SOBRE EL ASESINATO DE ENRIQUE GRYNBERG

Mala suerte la de Enrique Grynberg. No sólo lo quemaron a balazos, sino que su muerte quedó pegada a la de Rucci, algo que obliteró que se la investigara o se lo recordara (a él) por otro motivo. Grynberg pasó a la Historia como el militante de la Jotapé que asesinaron como represalia por el asesinato de Rucci. Extraña forma de pasar a ser parte de los nombres insoslayables, porque el suyo lo es. Todos lo nombran. Es un lugar común. Lo matan a Rucci y la primera respuesta es matar a Enrique Grynberg. Nadie se preguntó quién era Enrique Grynberg. Raro: nadie hizo una pregunta básica, ¿por qué él fue la víctima elegida? ¿Tenía algo que ver con Rucci? ¿Había participado en su asesinato? ¿Fue por eso que lo mataron? ¿Fue para vengar la muerte de Rucci o por otra cosa? ¿No era muy poco para vengar la muerte de Rucci? Como “primera respuesta”, ¿no habría sido adecuado alguien de la Jotapé pero más jétón, con más cartel? ¿Su apellido judío tenía algo que ver con la cosa? Recordemos el chiste que me hizo Eduardo: “Empezaron con un judío”. Esto revela algo más interesante: “Empezaron”, dijo. O sea, se veía esa muerte apenas como un comienzo. Un comienzo desmañado, desprolijo. Sí, recuerdo eso: *agarraron al primero que tenían a mano*. Eso se dijo mucho. Con los años, los investigadores de los hechos tumultuosos de 1973 se conformaron con narrar la muerte de Rucci y Grynberg quedó como una *nota a pie de página*. Algo así como un sub-asesinato. O como un asesinato clase B. Rucci, el asesinato estelar. Grynberg, el clase B. El que se menciona de paso. Y se sigue.

Hagamos un breve e incompleto sumario: *Bonasso*: “Las represalias comenzaron de inmediato: el 26 de septiembre una patota convocó por el portero eléctrico a Enrique Grinberg (*sic*), un conocido militante de la Jotapé. Cuando éste bajó a la puerta totalmente desprevenido lo acribillaron a balazos” (*El presidente que no fue*).

Galasso: “A su vez, comandos ligados a la Central Obrera ejecutan la venganza al día siguiente”. Da la muerte de Grynberg como “venganza”. Y la atribuye a “comandos ligados a la Central Obrera”. Sigue: “El 26 de septiembre—día del sepelio de Rucci—un comando de derecha última a Enrique Grynberg (*Galasso escribe correctamente el nombre del sub-asesinado: con “y”, JPF*), miembro del *Ate- neo Evita*, uno de los más fervorosos militantes de la Juventud Peronista. Horas después, su propia esposa escribe en el frente de dicho Ateneo: ‘Enrique Grynberg. Tu sangre derramada no será negociada. Hasta la victoria siempre. ¡Viva Perón!’”. A pie de página, Galasso aclara de dónde tomó este dato: *El Descamisado, 21/10/1973 (Perón: exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974))*.

Perdía: Apenas lo menciona: “Como así también un nuevo asesinato (Enrique Grinberg) de la JP al día siguiente acumula más odio y muerte” (*La otra historia*).

Andersen: No lo menciona. Raro, porque está muy bien documentado y no deja nada sin abordar (*Dossier secreto: El mito de la “guerra sucia” en la Argentina*).

Yofre: Tampoco (*Nadie fue*).

Anzorena: “Veniséis horas después del atentado contra Rucci es asesinado el militante de JP Regional, Enrique Grinberg” (*Tiempo de violencia y utopía*).

Baschetti: “Grynberg, Enrique: Docente en la Facultad de Ciencias Exactas. Militante de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo. Miembro del Consejo de la Juventud Peronista en la Zona Norte del Gran Buenos Aires. Dirigente del ‘Ateneo Evita’ de Juventud Peronista. Con 34 años fue asesinado de siete balazos, el 26 de septiembre de 1973, en la puerta de su casa (Blanco Encalada 3422, Capital) por desconocidos que aparentemente querían vengar la muerte de José Ignacio Rucci. Fue un crimen nunca investigado ni esclarecido” (*La memoria de los de abajo*, volumen 1, 1945-2007).

No doy la paginación porque es muy sencillo encontrarla: se busca el pasaje que cada autor dedica al asesinato de Rucci y ahí, en seguida, aparece el de Grynberg. Como dije: un subtema del caso Rucci.

También consulté el libro de Marcelo Larraquy sobre López Rega, que está notablemente trabajado, que es humilde, ya que el autor sólo se remite—no siempre, pero casi—a escribir sobre una base de datos laboriosamente obtenidos, algo que torna muy valioso su aporte. Tal como esperaba encontré bastante más. Escribe Larraquy: “Desde el Ministerio (*se refiere al de Bienestar Social, de López Rega, JPF*) surgió la idea de dar una respuesta a la muerte de Rucci. La víctima elegida fue en forma espontánea, casi al azar. En una oficina del primer piso, alguien comentó que Enrique Grinberg (*raro que Larraquy no haya advertido que el apellido no estaba bien escrito, JPF*), militante de Derecho de la JP, había festejado con un brindis la muerte del líder sindical. Juan Carlos ‘El Negro’ Mercado, que trabajaba en la oficina 1010 de Lanzillotti y tenía una credencial del Ministerio de Defensa, juntó a algunos muchachos de la Unidad Ministro y a otros del primer piso, hizo sacar un Rambler 660 negro—por entonces la Dirección de Movilidad y Transportes estaba a cargo del comisario retirado Hugo García Rey—, y anticipó la operación a la seccional policial del barrio para que liberara la zona; luego se trasladaron hasta el departamento de su obje-

Fuentes de este capítulo. Ahí escribe: “Para recreación de las actividades en el Ministerio de Bienestar Social, entrevistas a Néstor Ortiz, y ex colaborador de López Rega, ex secretario de la Agrupación 17 de octubre y ex miembro de la agrupación Ramón Castillo, que prefirieron permanecer anónimos” (Larraquy, *ob. cit.*, p. 255). De Juan Carlos “El Negro” Mercado dice que fue muerto por la Triple A en 1974 por un “ajuste de cuentas” interno del Ministerio. Apareció en un baldío de Villa Domínico el 24 de marzo de 1974. Y señala: “Véase causa judicial Triple A. cuerpo 33, foja 6.551” (Larraquy, *ob. cit.*, p. 252). Hablé con él. Me dijo que estaba seis horas por día en los sótanos de Tribunales. Que el lugar en que tuvo que trabajar era horrible, pestilento. Que tenía numerosos folios pero no dónde sentarse ni dónde apoyarlos. Que finalmente se sentó en el baño. Que cierta vez entró la historiadora María Sáenz Quesada y optó por irse. Que la comprende. Que una señora como ella (Larraquy es un caballero) no puede trabajar en un lugar así.

El trabajo de Larraquy es valioso. Buscó, con todo el rigor que le era posible, qué había pasado con Grynberg. Es el primero que lo hace. Observe-

Hay otros aspectos valiosos en el texto de Larraquy: la patota de López Rega ordena a la comisaría del barrio que libere la zona y, en efecto, queda libre. O sea, los fachos ya dominaban la ciudad y la policía les hacía caso por sus viejos reflejos de siempre: “¿Van a matar zurdos, muchachos? Vayan tranquilos. Nadie los va a joder. Sáquense el gusto”. ¿Y el discurso de Righi? Sí: no sirvió para nada. Como *Las Bienaventuranzas* de Jesús de Nazareth. Como la *paz perpetua* de Kant. ¿Quiéren reírse tristemente durante un breve rato? ¿Ver la eficacia de los grandes discursos dirigidos a lo mejor que debiera reposar en la condición humana? Veamos algunos de los puntos centrales de la *paz perpetua* kantiana: “Con el tiempo los ejércitos permanentes deben desaparecer por completo”. “No debe contraerse deuda pública en relación con los asuntos de política exterior.” “Ningún Estado debe inmiscuirse por la fuerza en la constitución y en el gobierno de otro Estado.” “Ningún Estado en guerra con otro debe permitirse hostilidades de un tipo tal que hagan forzosamente imposible la confianza mutua en la paz futura” (Immanuel Kant, *Hacia la paz perpetua*, Ladousur, Buenos Aires, 2004). ¿Puedo permitirme citar apenas un

les una nueva oportunidad?”. Claro: lo crucificaron. O mejor dicho: primero lo mataron a él. Después empezaron a matar a los otros en su nombre. Sigue ocurriendo. Siempre que Bush dijo: “Dios no es neutral. Dios está de nuestro lado”, puso a Jesús al servicio de la muerte.)

Volvemos a Enrique Grynberg. Su esposa, que lo sigue amando, sintió herida su memoria por la posibilidad de ese brindis por la muerte de Rucci. Ni Larraquy ni yo lo afirmamos como indubitable. Larraquy escribe “alguien”. Yo escribí: “Parece que”. No importa, no es suficiente. Bien sé que ésta que narro es una historia de grandes dolores y pérdidas absolutas. Es una materia tan delicada que uno hiera a seres que han sido heridos con heridas que no suelen cerrar. La esposa de Enrique Grynberg—Isabel Morera—rompe un silencio autoimpuesto y nos quiere decir algo más sobre él. Algo que ayude a sacarlo de la sombra de Rucci. Porque —como todas— su muerte fue suya. No merece estar eternamente como una anotación al margen de la del líder de la CGT, por célebre que haya sido. Isabel le hace un *Homenaje* a Enrique en el que escribe: “ENRIQUE GRYNBERG: Militante peronista, asesinado el 26 de septiembre de 1973. Asesinato nunca investigado ni esclarecido. Hace 32 años que esperamos justicia”. El texto se reparte a mano. Es—recién—del 2005. Isabel empieza a salir del encierro al que la condenó su desventura. En esas líneas, Isabel se pregunta cómo era Grynberg y busca dibujarnos su figura política y hasta humana. Pero, sobre todo, se pregunta por qué lo eligieron, por qué lo mataron a él y sólo a él: “Por tu formación política y tu capacidad de análisis. Por desarrollar una política que intentaba unir la construcción de una patria socialista con las políticas del General Perón, como estrategia. Por privilegiar la política sobre las armas, por estar convencido de que sólo la organización vence al tiempo y que sólo el pueblo salva al pueblo. Por discutir que las medidas de seguridad de las organizaciones armadas debían estar vinculadas a la política y no reducirse a un manual. Por defender una Universidad que construyera conocimiento ligada a la construcción de una Nación y a las necesidades populares. Por tus críticas despiadadas frente a acciones como el asesinato de Rucci, que interpretaste como el accionar de agentes de la CIA, mientras protegías a los militantes del Ateneo Evita de la represión”.

Isabel ofrece una descripción de los últimos días de Grynberg: “Los hechos se desarrollaron más o menos así: unos quince días antes, quizá los primeros días de septiembre, Osinde abrió una unidad básica sobre Blanco Encalada, entre Amenábar y Ciudad de la Paz, a unos cincuenta metros del Ateneo. El sábado 22 de septiembre de 1973, nos robaron el Citroën de nuestro domicilio y nos restaron movilidad. El domingo 23, día de las elecciones, luego del cierre del comicio en el Ateneo, tuvimos la visita de un fulano que concurrió a denunciar que se estaba planificando un asesinato contra alguno de nosotros. El lunes, después del trabajo, nos encontramos como todos los días en el Ateneo donde analizamos los resultados y desarrollamos las actividades propias de quienes tienen un muy buen trabajo de base. El Ateneo estaba en una casa tipo petit hotel típica de Belgrano y la característica era que siempre estaba muy concurrida atendiendo y discutiendo los asuntos de los distintos frentes. El martes 25 hablé por teléfono con Enrique en cuanto se conoció el asesinato de Rucci y me manifesté su indignación y comenzó con su análisis de que era la CIA. Acordamos encontrarnos más temprano que de costumbre en el Ateneo para hablar con los compañeros. Se hizo una asamblea y se analizó públicamente con alrededor de 50 compañeros los peligros que se avecinaban en un período que Enrique caracterizaba como “tierra de nadie” mientras durara la presidencia interina de Lastiri. El miércoles 26 hubo por general de la CGT. La noche anterior habíamos ‘limpiado’ la casa de todo lo que nos incriminara frente a los uniformados, que es de donde pensamos que vendría la ofensiva, y comenzamos una reunión con un compañero que había traído un peceto para comer, nosotros estábamos sin un peso. Alrededor de las dos del mediodía, tocaron al portero eléctrico. Atendió Enrique y se generó una situación de confusión. Primero pensamos que era su padre y no tengo idea por qué decidí bajar sin dar explicaciones. El ascensor no andaba. Vivíamos en el

tercer piso interno, la puerta tenía esos aparatos que la cierran al toque y muy poca visión del exterior; supongo que Enrique salió para saber quién era y no pudo retroceder porque se cerró la puerta. Dispararon cuatro personas, tres con calibre 22 y uno con 45, tenía nueve disparos, uno de ellos en la aorta, de calibre 45. Fui al portero para escuchar de qué se trataba y escuché los *Ay* y los disparos, bajé corriendo”.

“Por último te cuento que la noche del 26 o durante las primeras horas del 27 de septiembre, estuve discutiendo con la ‘conducción’. Ellos fueron los primeros en afirmar que el asesinato era una venganza local. Para ellos, los cuadros políticos no eran objetivos privilegiados por el enemigo. No pudieron ver más allá de lo inmediato. Los ‘altos mandos’ ya comenzaban a ser más militares que políticos. Lamentablemente Enrique Grynberg no se equivocó con su lectura política. Los hechos posteriores a su asesinato no fueron una sorpresa. Estoy a tu disposición, cariños, Isabel”.

Más adelante vamos a volver sobre este texto de gran riqueza política y de insustituible sabor epocal. Pero ya sabemos más de Enrique Grynberg. Posiblemente alguien del Ministerio largó la versión del brindis. Que era falsa, pero igual lo condenó. También pudo haberlo condenado su militancia en la Jotapé, sin más. Los asesinos necesitaban un cadáver. Una venganza. Pronto. ¿Quiénes eran los asesinos? Gente de López Rega. La Triple A, que ya estaba formada por completo. Sólo le resta firmar. Pese a la persistente fe de Grynberg en la conducción de Perón, si su muerte fue obra de la Triple A, es difícil no recordar la frase terrible que dijo Rodolfo Ortega Peña a propósito del asesinato de tres jóvenes militantes del Partido Socialista de los Trabajadores. Fue en Pacheco el 29 de mayo de 1974. Una patota de quince tipos entró en un local del PST y se llevó a Oscar Meza, Mario Zilda y Antonio Moses. “Tenían entre 22 y 27 años. Aparecieron al día siguiente, acribillados a balazos en un descampado de Pilar” (Felipe Celestia-Pablo Waisberg, *La ley y las armas, Biografía de Rodolfo Ortega Peña*, Aguillar, Buenos Aires, 2007, p. 274). Se la llamó “la masacre de Pacheco”. Eran tres obreros jóvenes queridos en la fábrica y queridos en el barrio. Hubo un gran cuestionamiento al Gobierno. La izquierda, el radicalismo y el peronismo de base—más otros grupos que buscaban frenar la masacre ya desatada—cuestionaron severamente al Gobierno. Ortega Peña fue más allá. “Desde el balcón del local del PST, en la calle 24 de Noviembre de la Capital, Ortega individualizó: ‘Señalo al responsable directo de esta política (...) que ha abandonado las pautas programáticas, que ha dejado de ser peronista y que es el general Perón’” (Celestia y Waisberg, *ob. cit.*, p. 275). De modo que Rodolfo Ortega Peña fue el primero en arrojarle a Perón los cadáveres de la Triple A. En mayo de 1974. Fue el primero que desobedeció esa advertencia de nuestros días: “No jodan con Perón”. Ya es tarde. Ya se jodió con Perón. La Historia reclama el rostro de todas sus verdades. El que hizo o dejó hacer o el que toleró o el que cerró los ojos o el que no quiso saber o el que pensó que podía volar por sobre todas las muertes porque nada podía rozarlo es tan culpable como el asesino que apretó el gatillo. Ortega Peña firmó su sentencia de muerte al señalar a Perón. Sólo sobrevivió dos meses. La Triple A lo asesina el 31 de julio. Era diputado nacional. Apenas 30 días lo sobrevivió a Perón. Más de una vez, *El Caudillo* había anunciado su muerte. El mejor Ortega Peña es el Ortega Peña muerto.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI Y “EL CAUDILLO”

El Caudillo—desde su mismo aspecto exterior, desde su diseño—se presenta como la antítesis de *El Descamisado*. Aclaremos: no porque el diseño sea distinto. Al contrario, *El Caudillo* se parece al *Desca*. El mensaje es otro: vamos a sacar una revista como la de ustedes, del mismo formato, con tipografía similar, con un editorial que baje línea, pero en el otro extremo del arco ideológico. Si ustedes son zurdos, nosotros somos mata-zurdos. *El Caudillo* se presenta—por primera en el periodismo argentino—como una revista que viene a anunciar la Muerte. “Ayer lo vimos al marxista de Ortega Peña en el velatorio de Perón. Nos dio asco su farsa, su mentira. No importa: ya tenemos para él la bala



vo, que vivía en la calle Blanco Encalada, en Belgrano. En el viaje, Juan Carlos Mercado comentó que confundiría a Grinberg haciéndose pasar por otro ‘Negro’, con el que se había reunido cuando intentaban homogeneizar posiciones en torno de la JP. En mérito a ese conocimiento, Grinberg bajó a la entrada de su edificio cuando recibió el llamado desde el portero eléctrico. Pero apenas se asomó al hall, dos hombres le dispararon desde el costado con pistolas Bersa y otro, de frente, gatilló su Colt 11.25. Grinberg cayó muerto. Con la misión cumplida, el grupo volvió al Rambler y retomó el camino hacia el organismo estatal, que a esas alturas ya funcionaba como un bunker. La operación fue muy comentada en el Ministerio” (Marcelo Larraquy, *López Rega, La biografía*, ed. cit., p. 239). Al final del capítulo—en las notas—, Larraquy menciona su fuente: “Entrevista al secretario de la Agrupación 17 de Octubre” (Larraquy, *ob. cit.*, p. 252). Después de las notas abre un destacado y lo titula:

mos que él no afirma que Grynberg brindó festejando la muerte de Rucci, sino que en una oficina del primer piso “alguien comentó”. Esto fue suficiente. Que “alguien comentó”. Si Grynberg hizo o no ese brindis Larraquy no lo dice. No lo dice porque no lo sabe. Porque su informante se lo dijo así: también sin saberlo. Tal vez esa incerteza nos indica la liviandad de la vida en esos tiempos. Como “alguien comentó”, la patota salió a matar. No hacía falta más. Sólo el comentario de “alguien”. Lo que yo escribí también planteaba la incertidumbre. Y desde la primera frase: “Parece que—en un acto por completo irreflexivo—Grynberg había festejado públicamente con un brindis en la Facultad de Derecho la muerte de Rucci”. No cité a Larraquy porque se me pasó. Lo cité un montón de veces y todavía lo voy a citar más porque admiro ese libro suyo. Pero puse: “en un acto por completo irreflexivo”. Si era cierto lo del brindis, ¿qué otra clase de acto podría ser?

texto de *Las Bienaventuranzas* de Jesús? Aquí va: “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difaman. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten” (*Biblia de Jerusalén*, Editorial Desclée De Brouwer, Bilbao, 1998, p. 1501). Esto fue el cristianismo. ¿Cómo degeneró en Torquemada y en los escuadrones de la muerte y los ejércitos de la seguridad nacional que luchaban por una sociedad occidental y *cristiana*? En fin, si es por ingenuos, Jesús de Nazareth y Kant se adelantaron desmedidamente al Ministro del Interior de Cámpora. (*Nota*: Jesús también hubiera abierto las prisiones en mayo de 1973. Habría dicho: “¿Acaso no fueron encarcelados estos jóvenes bajo un régimen injusto, bajo un gobierno tiránico? ¿Cómo no dar-

que habremos de destinarle.” Era arduo de creer y creerlo producía escalofríos. Anunciaban impunemente asesinatos que sí, que luego se cumplían. Iba más allá de *Cabildo*. Era la criminalidad lumpen. Eran las bandas de los sindicatos, de la ralea policial, de los chorros resentidos que buscaban laburo, de todos los enfermos mazarudos que había en el país y hasta de unos cuantos militares que decidieron colaborar. Empezaba la temporada de caza. De cazar zurdos. Intelectuales, abogados, psicoanalistas, judíos. Era lo peor del nacionalismo de derecha defendiendo al General del Pueblo, agredido por la sinarquía internacional. Se dice que Alfred Rosenberg —el autor del libro axial del nazismo, luego de *Mein Kampf*, desde luego, el autor, digo, de *El mito del siglo XX*— se presentó, alrededor de 1924, en el cuartel general de la SA preguntando en alta voz: “¿Necesitan aquí a alguien que odie a los judíos y quiera matarlos a todos?”. Habrá sido habitual —hacia fines de 1973— que muchos tipos constituidos por poderosas pulsiones tanáticas se aparecieran en la redacción de *El Caudillo* preguntando: “¿Hacen falta mazarudos por aquí? Yo soy de los mejores”.

La publicación asoma sus fauces en pleno gobierno de Perón. El 16 de noviembre de 1973. Sucedian cosas muy extrañas durante esos días. Arrojan en un descampado millares de revistas —digamos— *atrevidas*. Recordemos que con Cámpora había tenido lugar un reverdecir de revistas para adultos. Nada del otro mundo. Pero para la mentalidad hispánico-católica de la Argentina tradicional eran la encarnación del Maligno. Sobre todo una que se llamaba *Killing*. Era un tipo con un traje de esqueleto que hacía una justicia anti-conventional y se relacionaba con algunas chicas que se exhibían con unas bombachas enormes. A lo sumo asomaba por ellas algo de la rayita de sus culos no trabajados agotadoramente en gimnasios especializados como los de hoy. Suficiente: el pecado estaba ahí. Había otras. Una de cierta heroína con aires de *Gatúbela* que he olvidado o he elegido olvidar. No es cuestión de andar complicándole la vida a todo el mundo por cosas del lejano pasado, sobre todo si son irrelevantes. Si no lo son, a joderse, señores. En suma, todo era muy inocente. Pero siempre depende del contexto. Hoy, eso, es nada. En 1973 era *algo* para los pobres *voyeurs* que no tenían nada. Las películas volvieron a cortarse. Bien, General: ¿a eso vino también? ¿A prohibir a Kubrick, a Pasolini a Brando y Schneider, desde luego? Otra vez la represión sexual. El sexo como pecado absoluto. El cuerpo femenino como tentación satánica. Volvió Perón y volvieron las viejas secas de las comisiones de censura, los militares opinando sobre arte, los católicos preconciarios, los enfermos que veían pecado en todo, y el pecado era marxista porque también disolvía los valores cristianos de la sociedad. Todas esas revistas que mencioné —cuya líder, repito, era *Killing*— fueron apiladas en un descampado y se les prendió fuego. ¡Las quemaron! Pero eso no fue lo peor. Pusieron a un cura para que arrojará agua bendita y dijera oraciones. Era un cuadro medioeval. La foto apareció en los principales diarios. De una radio lo llaman a Marta Lynch, que era una *opineitor* de la época. Le preguntan qué opina. Todos tenían mucho miedo ya. La futura amiga de Massera, la futura desdichada suicida, dice:

—No es que yo esté a favor de la pornografía. Pero cuando veo que se queman materiales impresos y un cura se pone a bendecir el hecho, me siento un poco incómoda.

Y sí, era cierto: pocas cosas podían parecerse más a la Inquisición. De los kioscos desaparecieron todas las chicas bonitas. Nada de *Playboy*, nada de *Penthouse* o de *Playmate*. También desaparecían los libros zurdos, los libros marxistas, esa peste. El ejecutivo —palabra de la época— que, durante el Gobierno de Cámpora, exclamó indignado ante un kiosco de Aeroparque “¿Pornografía y subversión!” debía estar, ahora, feliz. Perón estaba aquí para solucionar los excesos morales de la primavera camporista. Acaso volviéramos a los tiempos inocentes del primer peronismo. “Los pibes de mi generación nos teníamos que hacer la paja con la foto de Gabriela Mistral”, exageré en una cálida sobremesa en Cosquín. Lo juro: se rieron mucho. Pero, lamentablemente, mi exageración era leve, ya que así eran las cosas: la mujer —y, muy especialmente, la desnudez de su cuerpo— era *el* pecado. A fines de noviembre de 1973, pensé que “los pibes del regreso de Perón” tendrían que apelar a algo semejante. Aunque —como tantas otras cosas con las que sorprendieron a Perón— no se conformarían con la foto de Gabriela Mistral.

Se desataron las prohibiciones de libros y hasta los

allanamientos de librerías. ¿Perón era responsable de todo esto? No, era el Brujo. Eran los fachos que se habían enquistado en el Gobierno y en el movimiento. Perón, nada que ver. “Mirá si Perón va a tener tiempo para eso.” Además, algunas cosas se habían hecho *antes* de que asumiera. Sí, pero sólo *dos* días. Escribe Sergio Bufano: “Dos días antes de asumir Perón la presidencia se dictó el decreto 1774/73 por el que se prohibían alrededor de 500 títulos de literatura presuntamente subversiva (...) Entre los libros prohibidos se incluyó, seguramente por error, *Estudios revisionistas*, de José María Rosa, que en ese momento desempeñaba el cargo de embajador en Paraguay” (Sergio Bufano, “*Perón y la Triple A*”, *Lucha Armada* N° 3, ed. cit., p. 24). No, Sergio, no fue por error. Por ahí a León Tolstoi lo prohibieron por error. Pero don Pepe Rosa había cambiado para mal. Lejos estaba de ser ese rosista empedernido, nacionalista duro y acaso antijudío. (Acaso, dije.) Se había hecho amigo de los pibes de la Jotapé. Había dado montones de charlas durante los años de la militancia del *Lucho* y *Vuelve*. Si hasta se rumoreaba que le iban a dar el Ministerio de Educación. Si ya conté que el viejo maestro estaba en la gloria y nos decía a los pendejos camporistas: “Apenas asuma mandamos un barco a Southampton y lo traemos a Don Juan Manuel”. Y todos contentos. ¿Cómo no lo íbamos a traer a Rosas, cómo no íbamos a traer al héroe de la Vuelta de Obligado, el que les puso cadenas a los ríos para que los ingleses no pasaran, el de la Ley de Aduanas de 1835, el autor de la *Carta de la Hacienda de Figueroa*, el fascinante caudillo que deslumbró a Juan Bautista Alberdi, quien intentó —como buen intelectual— ser su vanguardia ideológica y le escribió el magnífico *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*? En fin, no. Rosas tampoco habría de volver en este gobierno de Perón. Porque los fachos que querían traerlo estaban unidos con los sectores liberales del Ejército y hasta con la oligarquía financiera y terrateniente en una sola lucha: frenar a los zurdos, destruir a la guerrilla. ¡No se iban a poner a discutir por Rosas! Era como si Thiers y Bismarck se hubieran puesto pelear entre ellos en medio de la toma de París por esa forma de la hidra internacional socialista que se llamó *La Comuna*. No, señores: la guerra se suspende. Tenemos muchas diferencias entre nosotros. Tantas, como para haber hecho esta guerra: la franco-prusiana. Pero París ha caído en manos del proletariado. Y el verdadero enemigo es ése: el enemigo social. La lucha nacional sólo se lleva a cabo si el enemigo social interno está dominado. Si se subleva hay algo que nos une a todos por sobre todo: que los obreros no nos quiten el poder. Francia y Prusia acuerdan aplastar a la Comuna y luego se verá qué pasa con la guerra. Así lo hacen y los muertos de la insurrección obrera pasan la cifra de 30.000. (Nota: Ver: Eric Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*; Horacio González, *Los asaltantes del cielo*; Karl Marx, *La guerra civil en Francia*). De aquí que los fachos de Perón (o si esto les suena mal a algunos, digamos: todos los fachos que estaban ahora en el poder gracias a Perón) prohibían a don Pepe Rosa. Porque era un camporista, un amigo de la Jotapé, un traidor al verdadero nacionalismo, un casi zurdo, ¿por qué no prohibirlo? Sigue Sergio Bufano: “El 4 de enero de 1974, con Perón como presidente de la Nación, la Policía Federal allanó en Buenos Aires las librerías Fausto, Atlántida, Rivero y Santa Fe. Los empleados fueron detenidos y prontuariados por difundir libros tales como *La boca de la ballena*, de Héctor Lastra (una novela excepcional, JPF); *Territorios*, de Marcelo Pichón Rivière; *Sólo ángeles* de Enrique Medina y *The Buenos Aires affaire* de Manuel Puig. Todos los ejemplares fueron secuestrados” (Sergio Bufano, *Ibid.*, p. 24. Bufano ha sido el director de la valiosa revista *Lucha Armada*, donde se publicaron textos de enorme valor sobre la guerrilla latinoamericana y reflexiones críticas que la derecha argentina debiera conocer para no seguir diciendo que falta autocrítica en los sectores de la izquierda peronista armada. Bufano —ojalá consiga hacerlo— piensa sacar este año un solo número de *Lucha Armada* pero de 300 páginas.) A propósito de la primera prohibición (la del decreto 1774/73), el diario *El Mundo*, que controlaba el PRT-ERP, tituló: “500 libros prohibidos. Decreto macartista instaura una rígida censura. Prohíbe ingreso al país de 500 publicaciones. 240 editoriales afectadas”.

El Caudillo fue la expresión periodística del *Documento Reservado*. No bien apareció en los kioscos comenté en una reunión: “No saben nada de peronismo. Perón desautoriza al caudillo en *Conducción Polí-*

tica. Una cosa es un caudillo, otra un conductor. Se refiere a los caudillos radicales de la década infame. Lo dice claro: los que van detrás de un caudillo siguen a una persona. Los que siguen a un conductor siguen a una doctrina que se plasma en una organización. Debieran haberle puesto El Conductor”. Flor de pelotudo, José. Creías que te conocías todo sobre el peronismo porque te habías tragado *Conducción Política*. Los de *El Caudillo* eran peronistas, pero —antes que nada— eran fascistas. Fascistas de la España Eterna. Fascistas de la Falange Española. Felipe Romeo admiraba a José Antonio Primo de Rivera. Habría —no puede caber duda alguna— leído a Ignacio B. Anzoátegui: los *Escritos y discursos a la Falange*. Aquí, Anzoátegui marca la relación de gloriosa continuidad que la Argentina tiene con España. Sus textos son notables. Valiosísimos para entender el fascismo argentino de base hispánica y católica. Anzoátegui ataca “la leyenda negra”. Fue Dios el que quiso que España incorporara a América a la santidad. Es fascinante esta línea de la Historia. Que —siempre lo supimos— no tiene un *decurso necesario*. Pero tiene persistencias y reparaciones. ¿Quién le iba a decir a Anzoátegui que habría de reaparecer en la revista *El Caudillo*, órgano mazarudos del peronismo plebeyo, negroide y no hidalgo o monárquico por la gloria de Dios y la Virgen? Sin embargo, Romeo se definía a sí mismo a lo Primo de Rivera, como “el novio de la Muerte”. Anzoátegui escribe: “Mientras Europa acunaba a la anti-inmaculada, que es la Revolución Francesa, España defendía de facto el dogma de la Inmaculada (...) Así, de puro empecinada en toda empresa que tuviera un poco de poesía, España, *nuestra Europa*, de espaldas a la otra Europa... lleva a cabo la proeza del Descubrimiento” (Ignacio B. Anzoátegui, *Escritos y discursos a la Falange*, Editorial Santiago Apóstol, Ediciones Nueva Hispanidad, Buenos Aires, 1999, p. 17). Sólo algo más: “Por si acaso, entró en América a mano armada, pero no para asesinar hombres, sino para descabezar dioses; porque si la conquista fue obra de españoles, la obra de España fue la redención, que debía cumplirse con la cruz de la espada” (Anzoátegui, *Ibid.*, p. 19). ¿A dónde quiero llegar? Sigamos. Felipe Romeo era tan nazi que le decían “La Viuda”, por Hitler. Pero tanto como a Hitler idolatraba a José Antonio y al Generalísimo. No obstante, de la pluma de Anzoátegui, había leído este poema dedicado a la Falange: “Señor y Dios nuestro: / José Antonio esté contigo. / Nosotros queremos lograr aquí / la España difícil y erecta / que él ambicionó / Nos guía el Caudillo / Señor: / Protege su vida / y alienta nuestros esfuerzos / para que cumplamos / esta consigna suprema: / Por el Imperio hacia Ti” (Anzoátegui, ob. cit., p. 60). Ahora sabemos por qué *El Caudillo* se llama *El Caudillo*. Porque no hubo más grande caudillo que José Antonio. Que reencarnó en el Generalísimo y luego en el General. ¿Suena ahora tan extraño el concepto de *Somatén*? María Moliner, en su *Diccionario*, le entrega esta definición: “Milicia de Cataluña formada por ciudadanos, que se reunía a toque de campana para perseguir a los criminales o defenderse de un ataque”. En suma, *milicia que se reúne para perseguir a los criminales*. Eso habría dicho de la Triple A Felipe Romeo. Los *criminales* eran los *zurdos*. Agrega Moliner: “¿Somatén! Grito de guerra de las antiguas milicias de Cataluña”. Fue el padre de José Antonio, el general Miguel Primo de Rivera, el que dio nuevo impulso al Somatén en 1923, cuando se puso al frente de un golpe de Estado. Y fue el divino caudillo José Antonio el que le dio suntuosidad. Y los discursos de Anzoátegui a la Falange podían encender la pulsión de muerte de todo nacionalista hispánico que lucha por la pureza cristiana de Occidente, como fanáticamente creía hacerlo Felipe Romeo: “En vuestras manos tenéis no ya sólo su destino, sino también el de Occidente todo. Otra vez sois la España fronteriza del romancero; otra vez la Cristiandad en campaña, Flechas de la Falange” (Anzoátegui, p. 59). Este era, también, el credo de López Rega, el jefe de Romeo y conductor director de la Triple A. ¿Hasta qué punto habrá participado de él Perón en sus años madrileños? ¡Y el brillante Cooke (que acaso fuera incapaz de imaginar que estos delirios seguían vigentes después de la Revolución Cubana, con el mundo a las puertas de la revolución socialista) le pedía a Perón que se fuera de Madrid a Cuba! No, el General estaba en la España eterna, la del Descubrimiento, la de la hidalguía, la de José Antonio, la del Generalísimo, la del Somatén.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrarri

PRÓXIMO
DOMINGO

El mejor
enemigo es
el enemigo
muerto